

El debate reciente sobre la ingeniería genética en el seno de los Verdes alemanes (*Bündnis 90/ Die Grünen*)

En su número de septiembre/ octubre de 1997 *Andere Zeiten*, la revista de la izquierda de *Die Grünen*, publicó tres artículos sobre manipulación genética que nos servirán para aproximarnos a este debate en el seno del partido ecopacifista alemán.

1

El primer texto se debe a Heike Moldenhauer, una de las portavoces del *BAG Gen- und Reproduktionstechnologie* (Grupo de Trabajo Federal sobre Tecnologías Genéticas y Reproductivas). En su artículo " 'Grundsätzlich Nein', nicht 'Sowohl als auch'" se erige en defensora de la posición tradicional de los Verdes alemanes sobre ingeniería genética: un "no" por principio y sin concesiones. Apela al programa electoral verde para las elecciones federales de 1994, cuya frase central respecto a este tema dice: "Ante este 'vacío de asumibilidad' [*Verantwortbarkeitslücke*; la expresión es del filósofo Hans Jonas], que se hace evidente sobre todo en esta tecnología y concierne a todos sus campos de aplicación, *Bündnis 90/ Die Grünen* rechazan la ingeniería genética por principio. (...) Por eso queremos hacer retroceder la ingeniería genética y posibilitar la salida de sus aplicaciones." El concepto del 'vacío de asumibilidad' se explica después, en el programa de 1994, desarrollando los siguientes puntos:

- profundidad de la intervención en los ecosistemas y contextos naturales;
- elusión de los mecanismos naturales de reproducción y evolución;
- transferencia de material hereditario saltando las fronteras entre especies;
- imposibilidad de pronosticar las consecuencias a largo plazo de esas intervenciones.

Moldenhauer critica una aceptación parcial limitada al sector médico, y aduce argumentos en contra del concepto de una "valoración diferenciada según los casos individuales" (*differenzierte Einzelfallbewertung*), propuesto desde otros sectores de *Die Grünen*. Para ella, este concepto implica que existiría una separación clara entre "ingeniería genética buena" e "ingeniería genética mala"; pero esto no es posible –según Moldenhauer-- porque una cosa va indisolublemente unida a la otra. Se trata de un paquete bien empaquetado que o se toma o se deja, pero como un todo. Para nuestra autora, quien defienda aplicaciones particulares –por ejemplo, en el ámbito de la medicina-- tendrá que aceptarlas con todas las consecuencias (tanto positivas como negativas). En este contexto no se debería atender sólo al producto y su eficacia, sino tener en cuenta también las condiciones que han llevado a su origen.

Otra crítica de Moldenhauer al concepto de una "valoración diferenciada según los casos individuales" se basa en la dificultad de defender posiciones matizadas en este campo: si hoy en día se van extendiendo cada vez más los límites de lo factible y permitido, un desarrollo rápido e impetuoso del que no es posible prever dónde y cuándo va a terminar, ¿cómo mantener en este caso los límites prefijados? "Si les damos el dedo perderemos la mano entera", se afirma textualmente. *Bündnis 90/ Die Grünen* ha sido el único partido alemán que hasta ahora se ha opuesto por principio a la ingeniería genética (el PDS ha pedido la prohibición de los

alimentos transgénicos, pero sin profundizar demasiado en el asunto; CDU/CSU, SPD y FDP están a favor de un desarrollo rápido de las nuevas biotecnologías). Para nuestra autora, la aceptación limitada de la ingeniería genética en la medicina se interpretaría como absolución verde para la tecnología en su totalidad. Esta decisión haría perder credibilidad política: Moldenhauer opina la política que la protección del medio ambiente y la ingeniería genética no son compatibles. “Un partido ecologista que se declara a favor de la ingeniería genética –por nobles que sean los motivos aducidos– deja de ser un partido ecologista”, escribe. Los intentos de flexibilizar la posición del el partido ante la ingeniería genética para poder formar una coalición entre verdes y socialdemócratas muestran que la voluntad de poder cuenta más que los contenidos políticos del partido. La conclusión de Moldenhauer es interesante: “Incluso si la ingeniería genética se revelase aceptable una vez evaluadas sus consecuencias ecológicas, sanitarias, sociales y de seguridad tecnológica, yo la seguiría rechazando siempre desde mi concepción de la naturaleza axioconservadora” (*wertkonservativen Naturverständnis*). Bueno, al final se destapa una opción moral que muchos y muchas ecologistas no compartimos.

2

En el mismo número de *Andere Zeiten* se publica un artículo de Hiltrud Breyer, una eurodiputada de *Bündnis 90/ Die Grünen* que en los últimos años ha desempeñado un papel clave en la resistencia contra la directiva europea sobre patentes biotecnológicas. El texto de Breyer --“Realistische Gentechnik-Kritik statt biologischem Fundamentalismus” – defiende, como indica su propio título, lo que la autora entiende es una política pragmática y una crítica realista de la ingeniería genética, en lugar de fundamentalismos biológicos. Por esa razón, aunque los Verdes mantienen su posición de rechazar por principio la ingeniería genética en la agricultura y producción de alimentos, exigen simultáneamente –por ejemplo-- que se etiqueten de forma estricta los productos transgénicos que están llegando al mercado. Reclama Breyer la inversión de la carga de la prueba en lo que se refiere a riesgos genéticos: análogamente a la prueba de compatibilidad con el medio ambiente (*Umweltverträglichkeitsprüfung*), ha de pedirse a la industria, cuando propone innovaciones en este terreno, que investigue adecuadamente los riesgos, pruebe la utilidad de estas innovaciones y la falta de alternativas menos arriesgadas para conseguir los objetivos apetecidos, y convenza de la aceptabilidad ética de su propuesta.

Breyer apela a estudios e investigaciones que confirman los riesgos de la ingeniería genética en casi todos sus campos de aplicación. Por ejemplo, en la agricultura ya se ha observado que transgenes introducidos en colza se transfieren a plantas silvestres emparentadas. La diseminación de organismos transgénicos en el medio ambiente repercute en el ecosistema entero, y como se trata de un sistema complejo en el que influyen muchas variables, pronosticar las consecuencias resulta harto difícil. Las personas alérgicas corren un riesgo especialmente grande, porque en general no pueden saber si los alimentos que ingieren son transgénicos y, si éste es el caso, qué genes foráneos contienen (para evitar una reacción defensiva). Ante estas perspectivas los Verdes opinan que debemos fomentar alternativas, fundamentalmente la agricultura ecológica y las biotecnologías tradicionales.

También en lo que se refiere a la medicina, escribe Breyer, hay que actuar con realismo. La mayoría de los fármacos producidos por ingeniería genética son solamente productos sustitutivos de otros que ya existen: no aportan novedades terapéuticas. Los motivos de este desarrollo no son de naturaleza humanitaria: más bien se trata de conseguir patentes sobre genes humanos, que garanticen un nuevo monopolio de comercialización. Breyer advierte que hay que dejar de idealizar la

ingeniería genética y no reducir al ser humano a su material genético. El monopolio de algunas pocas transnacionales lleva a la bancarrota de pequeñas empresas y la destrucción de puestos de trabajo (como en el caso de la insulina obtenida por ingeniería genética). Otro ejemplo ilustrativo: en el combate contra el cáncer se intenta aplicar masivamente terapias genéticas, reduciendo la enfermedad a una sola causa: los genes. Sin embargo, se sabe que el cáncer se debe a varias causas, una de las cuales es el empleo creciente de pesticidas y otros productos químicos de síntesis. Sería mejor prevenir enfermedades con medidas de política ecológica, como minimizar las causas de daño y cambiar las condiciones de vida.

“Selección y ‘mejora genética’ sustituyen a reformas sociales y ecológicas”, denuncia la eurodiputada verde. Se va reduciendo la participación de la sociedad a la hora de opinar, tomar decisiones o legitimarlas. La pregunta es si la ingeniería genética bajo esas circunstancias todavía resulta conciliable con una democracia. La conclusión de Breyer es que “el partido no tiene motivos para cambiar su rechazo por principio de la ingeniería genética, que incluye expresamente la valoración diferenciada según los casos individuales”. Es decir: de entrada no a todo, y luego, caso por caso, iremos diciendo sí a algunas cosas. A los ecologistas con más cariño por la lógica esta posición puede no parecerles del todo satisfactoria.

3

Una tercera posición es la que expresa el diputado Manuel Kiper (portavoz verde para cuestiones de I+D en Parlamento Federal durante la legislatura anterior; recordemos que los tres artículos se escribieron a finales de 1997). Kiper, en su texto “Schluss mit der Doppelmoral in der Gentechnikkritik” (“Acabemos con la doble moral en la crítica a la ingeniería genética”), rechaza la ingeniería genética en la agricultura y producción de alimentos, pero en cuanto a las aplicaciones médicas piensa que se debe diferenciar. Señala que hay aplicaciones valiosas: tests genéticos para diagnósticos, por ejemplo, y medicamentos producidos por ingeniería genética.

La posición verde, piensa Kiper, debería ser un “sí, pero”: sí a muchas aplicaciones médicas interesantes, pero no a la selección genética, no a la terapia génica que modifique la línea germinal del ser humano, no a los tests genéticos sin consejo médico adecuado y sin protección de datos, no a la manipulación genética de animales para producir medicamentos (“farmaganadería”). Ahora bien, si pese a todo se opta por decir “no a todas las aplicaciones médicas”, entonces habrá que hacerlo con todas las consecuencias y despidiéndose de la doble moral verde. “Una política verde sobre ingeniería genética que rechazase sin matices las aplicaciones médicas debería ser consecuente y decir sí al sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Ciertamente, se puede mantener con coherencia individual esta actitud, pero pretender elevarla a programa político resulta suicida”, escribe Kiper. Pide en definitiva una aceptación crítica de las aplicaciones médicas de la ingeniería genética condicionada a ciertas exigencias:

1. Mejores medidas de seguridad.
2. Respetar las fronteras éticas.
3. Mantenimiento de la diversidad de los métodos.
4. Fortalecer la medida preventiva.

Para Kipper no habría que intentar detener la modernidad, sino reorientarla críticamente. Pronostica que la prohibición completa de los métodos de ingeniería genética en la investigación y la producción va a fracasar, igual que pasó en su tiempo con la oposición verde a la informática (elevada a programa en los años ochenta). Por eso —argumenta— es importante intervenir con capacidad de matizar

y pragmatismo en el desarrollo de la técnica, resistiendo al *lobby* de los tecnoentusiastas que banalizan la ingeniería genética. Los Verdes, como partido crítico en este debate, no deberían, sin embargo, obstinarse en un “no” por principio. En algunos casos los métodos de ingeniería genética en la investigación biológica y médica son eficaces, más seguros que las otras opciones disponibles, y hoy en día imprescindibles. Así, por ejemplo, los interferones han ayudado a progresar en la lucha contra la esclerosis múltiple. La producción de algunas sustancias, como la vacuna contra la hepatitis B y A, es más segura con técnicas de ingeniería genética, al no resultar tan fácil la contaminación con virus. En el caso de la leucemia infantil, los tests genéticos han posibilitado trasplantes de médula ósea con éxito. Test de diagnóstico de agentes patógenos posibilitan averiguar de forma clara la cantidad y calidad de agentes infecciosos, como los del HIV (virus del sida) o la hepatitis.

El diputado verde acaba su artículo exigiendo que se preserve la libertad de investigación como derecho fundamental cuyo ejercicio aporta nuevas ideas y soluciones para problemas, pero teniendo en cuenta límites éticos y políticos.

4

Queríamos acabar resumiendo, como desenlace provisional de este debate, las decisiones más recientes de los Verdes alemanes sobre ingeniería genética, plasmadas en el programa para las elecciones federales de 1998 (que, como se sabe, arrojaron una mayoría de verdes y socialdemócratas, traducida rápidamente en una coalición de gobierno). *Die Grünen* siguen rechazando la ingeniería genética en la agricultura y producción de alimentos, pidiendo que se obligue a etiquetar todo tipo de alimento o sustancia transgénica. Si no, se está engañando al consumidor sin dejarle la oportunidad de elegir, por no hablar de la participación en los procesos de autorización. “Las liberaciones de plantas, animales y microorganismos transgénicos denotan irresponsabilidad; sus consecuencias no son controlables. La ingeniería genética es contaminación genética del medio ambiente. No pueden domeñarse sus consecuencias, y por ello no es una tecnología asumible”, se lee textualmente. En todo caso deben existir reglas de seguridad, normas de responsabilidad civil y seguros obligatorios para quienes emplean técnicas de ingeniería genética. La manipulación genética y la clonación de animales para utilizarlos como “depósito de piezas de recambio” no les parece asumible, por razones tanto éticas como sanitarias.

En cuanto a la medicina, piensan los Verdes alemanes en este programa de 1998 que se debe hacer frente a los riesgos con controles y transparencia máxima en la ciencia. Se declaran aún en contra de la ingeniería genética en la medicina en principio, pero respetan su empleo para medicamentos, diagnósticos e investigación básica si la medicina actual no ofrece ninguna alternativa al afectado. Se oponen a la directiva europea sobre patentes biotecnológicas, y rechazan la Convención de Bioética del Consejo de Europa y la Declaración de la UNESCO aduciendo que la concepción del ser humano asociada con la ingeniería genética menoscaba la dignidad humana y el derecho a la integridad corporal.

Sonia Schatkowski y Jorge Riechmann
(Publicado en *Viento Sur* 45, Madrid,
julio de 1999)